

Cuando caballeros y escuderos celebraban justas en el patio, Crimilda, la respetada hermana del rey, los miraba desde la ventana; ningún otro divertimento le agradaba tanto.

Si hubiera sabido que lo estaba mirando aquella de quien sentía lleno su corazón, hubiera sido para él grande alegría. Si sus ojos hubieran podido verla, lo afirmo, nada le habría parecido tan dulce en la tierra.

Cuando se hallaba en la corte entre los demás caballeros, como ocurre en los juegos, parecía tan digno de ser amado el hijo de Sigelinda que más de una mujer sentía enternecido su corazón.

Con frecuencia pensaba: «¿De qué modo llegarán mis ojos á ver á esta noble joven á la que desde hace mucho tiempo amo con todo mi corazón? Aun no la conozco; no debo sentir aflicción.»

Cuando los poderosos reyes viajaban por su país, los guerreros tenían que acompañarlos y Sigfrido también: esto era un dolor para las mujeres; por esto muchas veces á causa de su amor sentían gran pena.

De este modo permaneció con los guerreros, esta es la verdad; en el país del rey Gunter vivió un año sin haber visto en este tiempo á la mujer amada, por la que poco después experimentó gran felicidad y grandes aflicciones.

## IV.

DE COMO SIGFRIDO COMBATIÓ Á LOS SAHSEN.

**A**L reino de Gunter llegaron extrañas noticias: guerreros desconocidos de país lejano, le enviaron mensajes en los que rebosaba el odio. Al escuchar la narración aquella, todos experimentaron verdadero espanto.

Os diré los nombres de aquellos guerreros: eran Ludegero, rey de los Sahsen, jefe poderoso y respetado, y su compañero el rey Ludegasto de Dinamarca, á los que en su expedición acompañaban muchos valerosos capitanes.

Llegaron ante Gunter los emisarios que enviaban sus enemigos: preguntáronle que noticias traían, é inmediatamente fueron conducidos á la corte, á la presencia del rey.

Después de saludarlos atentamente, les dijo: «Sed bienvenidos. Yo no conozco á los que os envían, vosotros me diréis quienes son.» Así dijo el buen rey. Temían grandemente el furor de Gunter.

«Ya que nos autorizáis para manifestar el mensaje de que estamos encargados, no os lo ocultaremos. Sabréis los nombres de los héroes que nos envían: Ludegasto y Ludegero quieren recorrer vuestro país.

«Habéis incurrido en la cólera de ambos; nosotros sabemos que dichos héroes, os odian profundamente, quieren venir con un ejército á Worms sobre el Rhin; muchos guerreros los siguen y debéis estar prevenidos.

«Dentro de doce semanas debe llevarse á cabo la expedición. Si contáis con buenos amigos, hacedlos venir al momento para que protejan la tranquilidad de vuestros campos y ciudades: aquí quedarán hechos pedazos, muchos yelmos y muchos escudos.

«Pero si quereis entrar en tratos con nuestros gefes, hacedles proposiciones; de este modo dejarán de avanzar las huestes de vuestros poderosos enemigos, que se aproximan para causar profundo sentimiento en vuestro corazón, pues á sus manos deben morir gran número de caballeros afamados.»

«Esperad algun tiempo y os haré conocer mi voluntad cuando haya reflexionado lo más justo.»

Así dijo el buen rey: «No ocultaré nada á mis notables: me quejaré á mis fieles amigos de este mensaje de guerra.»

Con aquello tuvo un gran pesar el rico Gunter; constantemente pesaban sobre su corazón aquellas noticias. Hizo llamar á Hagen y á otros muchos de sus leales,

mandando al propio tiempo que fueran á dar aviso á la corte del rey Gernot.

Los mejores guerreros que podían hallarse entonces acudieron inmediatamente. El rey les dijo: « Los enemigos vienen para atacarnos con fuerte ejército; hay que tener cuidado.»

« Nos defenderemos con las espadas, » dijo Gernot. « Sólo mueren los que están destinados á morir; los muertos quedan en la tumba, más no por esta causa me puedo yo olvidar de mi honor: no serán bien venidos nuestros enemigos.»

Después dijo Hagen de Troneja. « Esto no me parece bien; Ludegasto y Ludegero se muestran demasiado impertinentes. Nosotros no podemos reunir en tan poco tiempo á toda nuestra gente. » Así habló el atrevido guerrero: « Es menester hacérselo saber á Sigfrido. »

Dieron aposento en la ciudad á los mensajeros. Gunter el rico, mandó que los trataran bien, y así se hizo hasta que se aseguró de quienes eran los leales que querían apoyarlo.

El rey en gran cuidado sentía vivo dolor en su corazón. Un caballero muy valiente que aún ignoraba lo que había sucedido, al verlo tan pesaroso rogó á Gunter le dijera la causa de ello.

« Me llama la atención extraordinariamente » — le dijo Sigfrido — « de que hayais cambiado las alegres diversiones á que desde hace mucho tiempo nos teniais acostumbrados. » Gunter el afamado guerrero, le respondió:

« No puedo comunicar á todos, los grandes pesares que me atormentan y que llevo secretos en el fondo de mi corazón. Solo á los amigos deben comunicarse las penas que nos oprimen el alma. » El rostro de Sigfrido tornóse pálido y rojo.

Le dijo al rey de este modo: « ¿ Os he negado yo alguna cosa? Yo os ayudaré en todos vuestros pesares. Buscáis amigos, yo quiero ser uno de ellos y os seré fiel con honor hasta mi muerte. »

« Que Dios os lo premie, señor Sigfrido, vuestras palabras me hacen bien; y aun cuando nadie me quisiera

ayudar, me alegraría la noticia ya que tan fiel me sois. Aunque yo viva mucho tiempo, siempre lo tendré presente.

« Ahora os diré las causas que me tienen tan afligido. Me han hecho saber unos mensajeros de mis enemigos que quieren perseguirme hasta aquí con su ejército; nadie hasta ahora se atrevió á inferirnos en nuestro país injuria semejante. »

« No os preocupéis por nada de eso, » contestó Sigfrido. « Calmad vuestro espíritu y concededme lo que os pido. Dejadme defender vuestro honor y vuestros intereses y rogad á vuestros amigos que vengan á ayudaros. »

« Aun siendo treinta mil los hombres que traigan vuestros fuertes enemigos, los podré combatir aunque lleguen solo á mil aquellos de que yo pueda disponer: dejad esto á mi cuidado. » El rey Gunter le respondió: « Siempre os estaré agradecido. »

« Haced que se pongan á mis órdenes mil de vuestros hombres porque de los míos solo tengo aquí doce; yo defenderé vuestro país: Sigfrido os servirá siempre fielmente con todo su poder. »

« También nos ayudarán Hagen y Ortwein y vuestros queridos guerreros Dankwart y Sindoldo; el audaz Volker vendrá con nosotros llevando el estandarte; á ninguno mejor que á él se le puede confiar. »

« Dejad que regresen los mensajeros al país de sus señores; que les hagan saber que muy pronto nos veremos para que vuestras ciudades permanezcan en paz. » El rey dió cuenta de todo esto á sus amigos y á sus parientes.

Comparecieron ante la corte los emisarios de Ludegero: estaban sumamente contentos porque sabían que iban á volver á su patria. Gunter, el buen rey, les hizo ofrecer ricos presentes y les concedió una escolta, de todo lo cual se mostraron ellos muy satisfechos.

« Haced saber á mis fuertes enemigos, » les dijo Gunter « que harían bien en renunciar á su expedición: pero que si quieren venir á hostilizarme en mi país, y mis fieles no me abandonan, tendrán mucho que hacer. »

Dió magníficos regalos á los mensajeros: Gunter podía

hacer muchos. No se atrevieron á rehusarlos los enviados de Ludegero y tan pronto como se despidieron marcharon inmediatamente.

Cuando los mensajeros llegaron á Dinamarca y el rey Ludegasto tuvo conocimiento del modo como venían del Rhin y de la arrogancia de los Borgoñones se irritó mucho.

Le manifestaron que había allí muchos hombres atrevidos. «Además hemos visto uno al lado del rey Gunter que se llama Sigfrido, un héroe del Niderland.» Al saber esto Ludegasto se puso en gran cuidado.

Enterados de esto los de Dinamarca se apresuraron sin descanso á reunir aliados hasta que el rey Ludegasto contó para realizar su expedición con veinte mil guerreros escogidos entre los hombres más esforzados.

El valeroso Ludegero jefe de los Sahenos los llamó, logrando reunir además unos cuarenta mil ó más con los que se proponía invadir el país de los Borgoñones. También había mandado reclutar el rey Gunter,

Entre sus amigos y entre los del señor su hermano los que quisieran tomar parte en aquella guerra, y lo mismo había hecho Hagen entre sus guerreros: estos héroes debían marchar al peligro. Muchos murieron en él.

Se dispusieron á partir precipitadamente: cuando salieron, Volker el audaz, llevaba el estandarte y cuando abandonaron á Worms sobre el Rhin, Hagen de Troneja era el jefe de las huestes.

Con ellos iban también Sindoldo y el atrevido Hunoldo capaces de merecer todo el oro del rico rey. Dankwart el hermano de Hagen y también Ortwein, que seguramente podían formar parte con honor de aquel ejército.

«Señor rey» dijo Sigfrido. «Permaneced en vuestra casa, ya que vuestros guerreros quieren seguirme, quedáos al lado de las mujeres y estad siempre tranquilo de espíritu. Tengo gran confianza en que sabré defender vuestro honor y vuestros bienes.

«Los que quieren atacaros en Worms sobre el Rhin, á los que yo detendré, podían quedarse donde están: nosotros avanzaremos tanto en el país de ellos, que su arrogancia se convertirá en aflicción.»

Después de abandonar el Rhin atravesaron el Hesse con sus guerreros dirigiéndose al país de los Sahsen; pronto entraron en combate. Con el saqueo y el incendio hicieron tan grandes destrozos en el país, que los dos príncipes experimentaron gran pena al saberlo.

Llegaron á la Marca; los soldados apresuraban el paso. El fuerte Sigfrido comenzó á preguntar: «Quién se encargará de proteger nuestra retirada? Nunca han tenido los Sahsen una campaña tan destructora.»

Le contestaron: «Que los más jóvenes queden guardando los caminos con el atrevido Dankwart que es un guerrero rápido: nosotros perderemos menor número á manos de la gente de Ludegero; que en esta ocasión quede él con Ortwein formando la retaguardia.

«Yo mismo avanzaré» dijo Sigfrido el esforzado «y perseguiré á los enemigos hasta que logre encontrar á esos guerreros.» Bien pronto estuvo armado el hijo de la hermosa Sigelinda.

Como sus deseos eran de avanzar, confió el cuidado del ejército á Hagen y á Gernot, hombres muy valientes. Él solo se adelantó hacia el país de los Sahsen y aquel día quedó su valor muy alto.

Extendido en el campo vió un ejército considerable que excedía en mucho al que llevaba él; serían unos cuarenta mil ó más: enardecido Sigfrido los veía con grandísima alegría.

Del campamento había avanzado también un guerrero para hacer guardia y estaba muy vigilante: vió al héroe Sigfrido y éste al audaz joven. Inmediatamente ambos se comenzaron á observar.

Os diré quién era aquel que se encontraba de avanzada; tenía abrazado un brillante escudo de oro; era el rey Ludegasto que velaba por sus huestes. El noble extranjero se irguió altivamente.

También el rey Ludegasto le dirigió furiosas miradas. Hicieron botar sus caballos clavándoles las espuelas en los hijares; uno y otro blandieron las lanzas contra los escudos: en aquel momento el poderoso rey fué acometido por un violento temor.

Después del primer golpe los caballos arrastraron á los dos hijos de reyes como si los impeliera una tormenta; como buenos caballeros los contuvieron con las bridas y aquellos dos furiosos á quienes la cólera animaba se acometieron con las espadas.

El bizarro Sigfrido hirió entonces con tanta fuerza, que retembló todo el campo; de los yelmos y de las espadas brotaban á los golpes de los héroes rojas chispas de fuego: cada uno había hallado en el contrario un adversario igual.

También el rey Ludegasto descargaba sobre su enemigo repetidos golpes; los brazos de ambos caían pesadamente sobre el escudo del contrario. Treinta de sus hombres se apercibieron del combate, más antes de que llegaran, Sigfrido había conseguido el triunfo.

Por tres anchas heridas que hizo al rey, brotaba la sangre á través de las junturas de su hermoso arnés; la sangre de las heridas corría por el filo de la espada: el valor del rey Ludegasto se convirtió en triste desaliento.

Le pidió la vida y le ofreció su reino diciéndole que se llamaba Ludegasto. Llegaron sus guerreros que habían visto muy bien lo ocurrido entre los dos centinelas avanzados.

Cuando Sigfrido quiso llevarse al derrotado le asaltaron treinta de sus hombres: entonces el brazo del héroe defendió á su noble prisionero dando terribles golpes con los que causó grandes destrozos entre aquellos guerreros ricamente ataviados.

Con gran arrojó logró matar á los treinta; uno solo quedó con vida y corrió rápidamente á dar la noticia del suceso; la verdad podía confirmarla su enrojecido casco.

Cuando supieron la noticia los de Dinamarca, experimentaron gran dolor al ver su rey prisionero. Dijéronla á su hermano y éste comenzó á bramar con indecible rabia, como si á él le hubiera ocurrido.

El rey Ludegasto fué conducido en brazos de los hombres poderosos de Gunter que mandaba Sigfrido. Lo dejó en poder de Hagen; cuando el atrevido guerrero supo quién era experimentó grande alegría.

Dijo á los Borgoñones: «replegad las banderas.»

«Adelante» gritó Sigfrido: «Muchas cosas se han de realizar en este día si yo no pierdo la vida: esto entristecerá á más de una hermosa mujer del país de los Sahsen.

«Vosotros, héroes del Rhin, seguidme; yo puedo conducirlos á donde está el ejército de Ludegero. Veréis como se rompen sus cascos á los golpes de los valientes guerreros; antes de que volvamos hemos de experimentar no pocos sobresaltos.»

Gernot y los que le habían acompañado se dirigieron hacia el sitio en que se encontraban sus caballos. El intrépido, el atrevido bardo Volker, levantó el estandarte y se puso á la cabeza de las huestes; los demás se prepararon también valientemente al combate.

No ascendían á más de mil hombres con doce jefes. A sus pasos comenzó á levantarse el polvo del camino; avanzaban por la llanura y se veía brillar más de un reluciente escudo.

También se habían aproximado los Sahsen y su jefe llevando las espadas afiladas; según después he sabido, en manos de los héroes cortaban horriblemente. Anhelaban defender sus campos y sus ciudades.

La hueste que mandaba el rey se adelantó: también avanzaba Sigfrido rodeado de los doce hombres que había traído consigo del Niderland. En la tempestad de aquel día más de una mano se tiñó de sangre.

Sindoldo, Hunoldo y también Gernot, dieron muerte á gran número de guerreros antes que hubieran podido probar cuan grande era su bravura. Después tuvo que llorar más de una mujer joven.

Volker, Hagen y Ortwein empañaron también en el combate la brillantez de más de un reluciente casco con la sangre que hacían verter aquellos hombres terribles como el rayo. Dankwart realizó por su parte prodigios de valor.

Los de Dinamarca probaron á su vez la fuerza de sus brazos; se escuchaba el golpear de los escudos al ser heridos y el chocar de las espadas. Los Sahsen bravos en la lucha hicieron un gran destrozo.

Los Borgoñones se atropellaban en el combate y abrie-